

jo... Esa famosa teoría que, con razón, Gramsci criticaba en Pléjanov...

—Se ha hablado mucho de la herencia barroca en la "nueva novela" latinoamericana, Borges, particularmente, muestra esa herencia —"vano empeño componer vastos libros..."—, etcétera—, pero, además y sobre todo, hay otros aspectos que recuerdan mucho al barroco español, aparte de la "forma" o del eco en el estilo.

S.—Yo veo dos motivos probables de esta influencia, que deben haber presionado sobre nuestro inconsciente y que pueden haber dado cierto denominador común a la entera literatura latinoamericana. De un lado, la formidabile herencia del barroco español a través de hombres sin par, como Cervantes, Quevedo y Góngora; de otro, el carácter esencialmente "barroco" de la realidad hispanoamericana, tanto en el sentido geográfico, como en el racial o en el político. Romántico y barroco por excelencia. Pero además, la gran novela tiende a ser barroca, porque de ese modo le es más factible dar la infinita complejidad de la condición humana y recoger la doble condición mitológica y conceptual que tiene.

En una ocasión, un crítico alemán me preguntó por qué en Latinoamérica ha habido tan grandes novelistas y, en cambio, no ha habido grandes pensadores. Y yo creo que la razón está en que la modernidad se caracterizó por la ciencia positiva y por el racionalismo, lo cual ahondó cada vez más la diferencia entre la parte racional y la parte irracional del hombre. ¡Una auténtica catástrofe! Pero España, como Rusia, no sufrió del todo ese "espíritu de modernidad" y, por tanto, siguieron perteneciendo, en buena medida, al orden feudal y preburgués. ¡Y nosotros fuimos periferia de la periferia!

—Volvamos a la política. El joven Sábato fue anarquista y luego dirigente, responsable del movimiento comunista argentino. Sin embargo, pronto lo abandonó y sus libros de ensayo son una muestra importante de crítica, sobre todo de crítica al stalinismo.

S.—Estuve en la Juventud Comunista desde mil novecientos treinta y uno al treinta y cinco, pero me alejé del movimiento porque me repugnaba el stalinismo. Yo me fui cuando empezaron los procesos de Moscú.

—Pero tú estuviste en un movimiento comunista que en esas fechas era stalinista. ¿Cómo enjuicias ahora las razones del aquel stalinismo?

S.—En el tiempo de que hablo tal vez se podría justificar que muchos jóvenes idealistas creyeran en él. Pero luego, cuando se conocieron las atrocidades, no podía haber ya justificación alguna. Claro que el stalinismo no ha muerto, sigue

vivo y no sólo en algunos partidos comunistas, sino en otros que pretenden serles opuestos: la misma mezcla de totalitarismo político y de sectarismo ideológico, la misma propensión al insulto y a la persecución, el mismo resecamiento doctrinario...

—Sí, pero hoy hay otras posiciones: el eurocomunismo, por ejemplo...

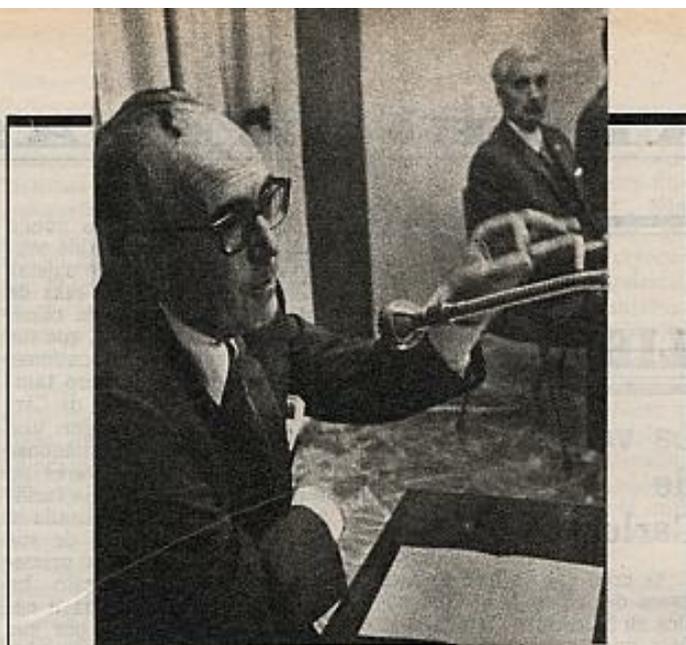
S.—Pienso que el eurocomunismo es un paso hacia la democracia real.

—¿Cómo definirías tu posición política en la actualidad?

S.—Muy similar a la que sostuvo Emmanuel Mounier en la posguerra: filosóficamente, esa defensa del hombre concreto y de su dignidad que caracteriza al personalismo, esa decisión de no sacrificar nunca al hombre concreto, al hombre de carne y hueso; socialmente, justicia social y libertad. Hace meses publiqué un ensayo titulado "Nuestro tiempo de desprecio", en que denuncio tanto el totalitarismo de izquierdas como el de derechas, de los que el Estado hitleriano y el soviético son tremendos ejemplos. Ahí pido —buscando la pacificación de mi patria— que la violencia sea reemplazada por el Estado de Derecho democrático. La Historia ha demostrado que no se pueden alcanzar fines nobles con medios innobles, porque tarde o temprano, los medios se transforman dialécticamente en fines. Por eso pienso que doctrinas como la de Mounier son el fundamento filosófico para la constitución de un socialismo que resacralice al hombre. El "bien común" no es lo que entienden la democracia burguesa ni el Estado totalitario: es el supremo bien de una comunidad de hombres que sean a la vez libres y solidarios. A veces me dicen que todo esto es utopía. Pero cuando los realistas se caracterizan por destruir todo género de realidad, parece que ha llegado el momento de escuchar a los hombres de imaginación...

No hemos querido enturbiar con nuestro comentario la opinión del escritor. El autor de ese monumento narrativo que es el "Abbadón" tiene su propio lenguaje cuando se refiere a cuestiones no literarias. El lector habrá observado su peculiar conceptualización, su curioso manejo del ejemplo histórico. También la transferencia y el vigor con que Sábato habla desde cierto idealismo que para algunos resultará trasnochado —los sueños, Mounier, la crítica del determinismo materialista, etcétera— y para otros, por el contrario, muy actual.

Pero no es cuestión ahora de valoraciones ideológicas. Sábato ha respondido lo que piensa y ese es un dato importante en sí mismo. Sobre todo, para quien conozca de cerca su obra literaria. ■



García Sabell, Presidente de la Academia Gallega

La Real Academia Gallega tiene nuevo presidente. Domingo García Sabell, médico, ensayista, luchador de la cultura gallega en los años difíciles del franquismo, ocupa ahora la presidencia que tiene dicha institución desde que fue fundada en 1905 a partir de aquella Asociación Inicidadora y Protectora de la Academia Gallega, promovida en La Habana por un incansable emigrante, el tipógrafo ferrolano José Fontenla Leal, y apoyada por el más ilustre emigrante gallego que tuvo Cuba, el poeta Curros Enríquez.

La sucesión del anterior presidente, Sebastián Martínez-Risco, fallecido a finales de septiembre, despertó alguna preocupación en los medios culturales y políticos gallegos. Los tiempos que corren no fueron ajenos a la máxima institución académica de Galicia y catorce asociaciones culturales y un llamado Frente Cultural Galego, supuestamente en la órbita del nacionalismo de izquierda del Bloque Nacional Popular Galego, propusieron públicamente el nombre de Ricardo Carballo Calero, actual catedrático de Lengua Gallega en la Universidad de Santiago y prestigioso escritor galleguista. Según parece, quienes preconizaban su candidatura se basaban en que se trata de un hombre que ha permanecido al margen totalmente de la política de partidos y ofrece, al mismo tiempo, una limpia trayectoria de galleguista. Cabe suponer que a García Sabell lo consideraban menos desligado de la política en virtud del nombramiento de senador de que le hizo objeto el Rey.

Pero la Academia no parece estar para oír lo que le llega desde la calle. Por aclamación, y a propuesta del académico José Filgueira Valverde —derecha dentro de la derecha que representa en su mayoría actualmente la institución—, salió García Sabell. Y lo sorprendente quizá es que el elegido no cuadra, no obstante, en esa derecha. El antiguo presidente de la FUE compostelana en los años inmediatamente anteriores a la Segunda República es uno de los más consolidados espíritus liberales que tiene Galicia entre sus figuras vivas. El mismo, en repetidas ocasiones, se autodefinió como liberal galleguista y, a juzgar por su trayectoria intelectual, habría que situarlo incluso en una posición de izquierda, dentro de su liberalismo.

De alguna manera, el nuevo presidente es el trabajador de la cultura gallega que alcanzó mayor universalidad en los últimos años. Amigo de los grandes hombres de la cultura española (Jorge Guillén, Loin Entralgo, Américo Castro, Jiménez Díaz, Aranguren, etcétera), viajero incansable por las tribunas de Europa y América, dirigió su lucha durante el franquismo al campo cultural y a la investigación. Como otros intelectuales gallegos de su generación (Ramón Piñeiro, Fernández del Riego, lo que se ha dado en llamar la "Generación Galaxia" en general), llegó a la conclusión de que era mejor, a la vista de la represión de los años cuarenta y cincuenta, abandonar la lucha abiertamente política y dedicarse al trabajo cultural y al conocimiento a fondo de Galicia. Los gallegos dicen muy bien en un refrán popular que a lei hai que enganar, pra fodela mellor (hay que engañar a la ley, para jugarla mejor). Algo de esta sabiduría popular debió haber en los hombres de la Generación Galaxia, por lo menos cuando pusieron en marcha su editorial.

Hoy, García Sabell ya no es un marginado. De senador real, por cierto con gran peso específico dentro de la Asamblea de Parlamentarios de Galicia y especialmente en las reivindicaciones autonómicas que se presentaron al presidente Suárez, pasó ahora a ser presidente de la Real Academia Gallega. Se habló de que podría ser propuesto también para presidir la futura Xunta de Galicia, pero él mismo se encarga de puntualizar que solamente un deber moral o ético ineludible le llevaría a aceptar tal cargo. En su opinión, Galicia tiene una figura hecha a la medida de dicha presidencia, y es su amigo íntimo Ramón Piñeiro. ■ PERFECTO CONDE.